

Elogio del Naufragio

ANTONIO GARRIDO

Ya se sabe que es tradición de los marineros de guerra tener largos apellidos que hablan de generaciones de marineros de guerra, de prosapias y linajes, de mantones de Manila -que como todos sabemos eran de la China igual que las naranjas- que cubrían pianos en salones siempre en penumbra y que sólo se abrían cuando llegaban las visitas de respeto. Ya se sabe que viajar es escaparse por la ventana de la imaginación y buscar en el horizonte la realización de los deseos; toda singladura es una tentativa de felicidad normalmente condenada al fracaso. Esta novela de Carlos Guillermo Navarro, (*Por las rutas de los mares*, AyPEd, Madrid, 2002) es un excepcional ejemplo de una memoria que construye un paisaje de ruinas; pero ruinas hechas con su osamenta y con la descomposición de su carne y de su voluntad.

Juan Manuel del Campo Utrillos y de Romanones Bancales es el protagonista de esta novela que rinde culto a la desolación desde un lenguaje singular, desde un lenguaje muy diferente al coloquialismo dominante. Ya me detuve en este lenguaje en la novela anterior del autor sevillano: "El toque de rebato" pero en esta se intensifican y sutilizan los recursos. De entrada diré que la última parte de la novela recrea un ambiente tan obsesivo, tan pesante que es todo un hallazgo de calidad y que trae ecos de algunos momentos de "El extranjero".

El autor ha construido una historia en tempo lento y con una admirable economía de medios. El protagonista, su familia, sus amigos del colegio, sus amores. El autor ha elegido un espacio cerrado y conocido: el de los deseos y el de las realidades. El autor ha conseguido que mordamos la mediocridad a través de sus palabras; no es poca cosa. En un mundo que se construye o se destruye, según se mire, desde el más feroz espíritu de competencia, la constatación de que una persona es mediocre y ejerce y no pone demasiados reparos a su condición es un punto de vista singular. No es que Juan



AUTOR: CARLOS GUILLERMO NAVARRO.
TÍTULO: POR LAS RUTAS DE LOS MARES.
EDITORIAL: AYPEd,
MADRID, 2002, 201 PÁGINAS.

Manuel no quiera triunfar pero es que no tiene ánimos; no es que no intente ser feliz pero es que no puede. La novela es un admirable recorrido por la descomposición de una personalidad, por la degradación de un yo que se diluye en los olores de los cientos de kilos de basura podrida que le rodean en su cubículo.

Las mujeres de su familia lo esperaban todo de él; ahí estaba la ejecutoria de sus antepasados. Las mujeres de su familia le ponían delante los oros y los colores de las hazañas que él haría empalidecer porque estaba llamado a los más altos destinos; pero para el adolescente, el destino tenía forma de culo, de un culo glorioso, del culo de Mónica, la puta inaccesible. Ese hubiera sido un camino sin retorno, un viaje definitivo pero no pudo ser. Esta novela es la historia del no pudo ser, escrita con una calidad de prosa inusual, que tiene su secreto en un dominio excepcional del léxico, en la capacidad designativa y simbólica de éste y la sencillez de la estructura.

Hay novelas en las que la anécdota se superpone a la línea fundamental de lo con-

tado; son novelas, en cierto modo, a la griega, zigzagueantes. Navarro ha elegido el camino más difícil que consiste en que cada hecho es un golpe que remacha el núcleo del texto; son golpes de diferente intensidad; unos, sugerencias de un triángulo emocional; otros, redobles de timbales en el movimiento final de una sinfonía romántica; todos, voces de desolación.

Mónica, culo glorioso, se evaporó y Juan Manuel o Juanma se vio obligado a elegir y optó por una vecinita que nada tiene que ver con la lujuria y sí con esa carga pesada de la costumbre: "Bueno", se dijo, "a surcar los mares me puedo ir con Dorotea". Un rasgo estructural muy importante de la novela que establece dos ejes referenciales es el paso de la narración en tercera persona a la narración en primera. Este cambio de voz objetiva a subjetiva logra, de manera más que notable, la densidad emocional de la última parte de la novela.

El procedimiento por el que todos triunfan, de una manera o de otra, y Juanma se queda solo, es ilusorio porque los triunfos son espejismos; lo que sucede es que para el triunfador son realidades. El dinero y el amor; mejor dicho, el poder y el sexo son territorios vedados a este marinero de tierra seca, de desierto, de aspreza para el que las mujeres de su casa soñaban con un uniforme de gloria.

En estos días hay en el Metropolitan una magnífica exposición de surrealismo. Es sabido que imagen y palabra pueden encontrarse en un punto. Pasando delante de los cuadros vi la novela. La tela se llama "Canibalismo otoñal", es de Dalí.

La confesión es una forma literaria clásica, la confesión de Juan Manuel se ha opacando desde que toma la palabra, se va haciendo aguas negras a medida que avanza el tiempo de la narración, que es el tiempo de la vida, del desastre que acecha desde la primera página y que se va haciendo materia mensurable, peso y medida en la mente del lector. Desde luego no es novela que deje indiferente. Al final, ya se sabe, un nombre tan largo es siempre un anuncio de desgracias.